

tieran en aquel tiempo, alrededor de unas once mil, distribuidas en la forma siguiente: El Maldito, doscientas; el Tío Antoñico, ciento; el Arriero pobre, ciento cincuenta; Caballejo, doscientas; el Perro, ciento cincuenta; Ramón Mendoza, ciento; Mascahigos, ciento; Chozas, ciento; el Barraco, doscientas; Colorín, doscientas; Piñón, doscientas; Diego el Galgo, doscientas; Julián el Galgo, ciento cincuenta; el Piti, doscientas; Alberto el pastor, doscientas; Caraco, doscientas; Enrique Arias, doscientas; Antonio el Perro, ciento cincuenta; Mariano Urbán y Francisco el Perro, ciento cada uno; Patricio el de la Perra, doscientas; Sergio, ciento; Jesús, Miguel y Vicente el Arriero, trescientas cincuenta entre los tres; los Ranas, ciento cincuenta; Villafranca, doscientas; Cabezota, ciento; La viuda Bullones, doscientas; Viuda de Ortega, ciento; Melitón el Porrero, doscientas; Eusebio el Porrero, ciento cincuenta; los Rincones, ciento cincuenta; Galicia, ciento cincuenta; los Melenas, doscientas; Colorín, ciento; Octavio, ciento cincuenta; Gorrolo, ciento; el Rano, ciento; el tío Cristo, ciento; Alejo Fernández, ciento; los Barracos, doscientas; los Villafrancas, cuatrocientas; los de la Perra, doscientas; Dieguillo, ciento; los Cominos, trescientas; Angel Huertas, ciento; los del Tuerto el Huevo, quinientas; el Pez, ciento; el tío Ginés, ciento; el Perrete, ciento; Meco, ciento; don Juan Baillo, cuatrocientas; don Ramón Baillo, cuatrocientas; don Enrique Bosch, trescientas; don Luis Barreiro, cuatrocientas; don Casimiro Penalva, cuatrocientas; Viuda de Manso, cuatrocientas y don Miguel Enríquez, trescientas.

Cabras había en el año 1880, ciento; en 1890, doscientas; en 1900, trescientas y en 1910, cuatrocientas.

Las vacas no existían en la localidad, en ese tiempo.



Pastores y pastoras auténticos nos ofrece esta fotografía del tío Manzanero con su familia. Le falta al hermano Francisco el recaicamiento de Cristóbal Piñón, su cuñado. Era por constitución más inquieto, lo que se dice más cascarrabias y celoso de su autoridad, como don Mariano Rico en la Estación.

Fué siempre el mayoral del Conde y la gente lo consideraba como al amo; todo eso, decían los demás pastores, señalando medio término, es de Manzanero y no se puede pasar,

El zagal tiene la garrota en posición de arrastre, que es lo pastoril y el aire de cabeceo que dá el ir pisando terrones detrás de las ovejas.

La decadencia del pastoreo la percibieron pronto los pastores como se apreciaba en aquello de «la tierra para el que la quiera y los animales que los cuide su amo» que se decía.

La vía férrea abrió un camino nuevo en los pastizales y los pastores que lo miraban desde los desmontes de Piédrola y Villacentenos y que tenían tiempo de probarlo, echaron por él atraídos por la novedad y por un atisbo intuitivo de comodidad que cuadraba con su psicología, pues aquello no era servir a un amo. El trabajo aquel tenía mucho de voluntario y al acabar se

iba uno tranquilo, sin incumbencias de ninguna clase, que nunca faltaban en el pastoreo, ya que eran en puridad su única justificación. Lo que se ganaba de menos tenía otros alicientes y los pastores se hicieron «tisnaos» aportando a esta clase el rumbo adquirido en la trashumancia.

A la postre, seguían caminando por el mundo y la estimación que la gente hizo de la tizne, les permitió conservar su arrogancia mucho tiempo.

Lo que se perdió en seguida fué el símbolo, la garrota, que quedó abandonada. Parece que no, pero ese era el indicio cierto de que no tardaría en perderse todo lo demás y, en efecto, hace tiempo que caducó el fuero.